

Lilia González González

Por Nilda Chavarría de McHugh

En los días en que la antigua Casa de Santo Tomás albergaba a la Escuela de Pedagogía, no se acostumbraba dar a los estudiantes mucha información acerca de los profesores que impartían las materias del programa. Tampoco había llegado a nuestras manos biografía alguna sobre nuestra profesora de conocimientos básicos para las matemáticas en la Escuela Primaria.

Nos correspondió entonces hacer nuestro propio camino hacia Lilia González González, a través de la relación diaria de clase y por medio de una materia que, a todas luces, pretendía dar al traste con hábitos mecánicos de trabajo adquiridos a lo largo del noble esfuerzo que se llamó Bachillerato en Ciencias y Letras.

Y lo dijo: "la función de esta materia es **desmecanizar** los conocimientos complicados de las matemáticas que han venido usando hasta ahora. De aquí en adelante no nos guiarán las fórmulas ni las tablas de logaritmos. A cambio de eso vamos a pensar, a encontrar la razón de las fórmulas y de los procedimientos mecánicos que los han venido sosteniendo por años".

Algún trabajo costó acostumbrarse a esta nueva disciplina. De veras que con el viejo repetir y aplicar de fórmulas y teoremas de los cuales se olvida hasta el origen, nuestra situación inicial parecía comprometida. Pero si alguien podía ganar a este estudiante petulante para una nueva causa, a la de la simple verdad que es el conocimiento, a la de la razón de las cosas, esa persona era Lilia González.

Qué manera la suya de interpretar el mundo de las cifras como si ellas fueran a la vez la cosa más sencilla e interesante de la carrera. Y cuántos requisitos de observación, de procedimiento científico en general proponía ella para cada actividad matemática. No en vano, nuestra compañera más popular, solía llorar jocosamente después

de su clase y nos pedía: "no más preguntas, por favor. Mi inteligencia se ha consumido totalmente en las Bases hoy". Pero qué gusto les tomamos a los números así humanizados, así presentados en función de lo que practicamos a diario. Y qué complacencia tan profunda sentíamos cuando ella, parca pero justamente, aprobada nuestro trabajo de principiantes!

Lilia González siguió estimulando nuestra mente más adelante desde la Facultad de Educación. La compañera de trabajo no fue menos justa, ni menos humana que la profesora. En la Facultad se deseaba participar con ella en los trabajos de comisiones o en estudios especiales. Bien sabido era que su talento ofrecía siempre oportunidades de crecer personalmente, de observar su sentido común propiciar, invariablemente, soluciones sencillas y claras, repletas de calor humano para cada problema. Con ella se aseguraba trabajo para varias horas pero se salía de él con el corazón ligero, recordando alguna cita tra-

viesa, muy apropiada, muy de ella, respecto de la situación difícil o enojoso que se discutía.

Yo tuve el privilegio de estar cerca de Lilia, de ser llamada su amiga. De oír su consejo, de captar su nobleza sencilla, sin estridencias y de crecer espiritualmente al calor de su generosidad. Sabía ella de mi aprecio y de mi agradecimiento. Pero siempre rehusó apropiarse de influencia alguna en mi formación. Decía en una de sus últimas cartas: "Qué va, lo que usted es, ya lo traía, es regalo de sus padres, de su propia fuerza interna. Pero esta vieja amiga le agradece y se conforta con su afecto".

Lilia González González fue educadora, compañera, amiga y sobre todo, fuente de inspiración sana. Sé que nada aceptaría a cambio de lo que tanto dio. Y en este día en que se le ofrece homenaje, segura estoy de que lo único que no la ofenderá es mi promesa de tratar de alcanzar un poco de esa grandeza de corazón que a todo nos cobijó.